

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR,

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.
Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.)

PANEGÍRICO de San Alonso Rodriguez.

(Continuacion.)

Los milagros que obra despues de su muerte, la fama de su santidad, y el perfume de sus virtudes le atraen al punto la veneracion de los pueblos. Era de ver la Capilla de la Virgen, depositaria de su sagrado cadáver, llena siempre de fieles devotos, que adornan sus paredes con exvotos y relaciones de milagros y favores logrados por la intercesion del Santo Jesuita. Y crecia de tal modo la piedad de los fieles que el Sr. Obispo de Mallorca se vió obligado á colocar un cuadro de Alonso en lugar público á los seis meses de su dichoso tránsito. La Iglesia católica, juez infalible de la verdad y de la Santidad se apresuró á sancionar la piedad

popular, poniendo en los altares al humilde y fideísimo siervo del Señor. Urbano VIII introdujo la causa de beatificacion, Clemente XIII aprobó sus virtudes en grado heróico, Leon XII le puso en el número de los Beatos, y el actual Pontífice, Leon XIII, para dar esplendor á sus bodas de oro, le ha colocado en el número de los Santos que reinan en el cielo, y decretado con la mayor solemnidad que es digno de los homenajes religiosos que tributan á sus siervos los moradores de la tierra.

Así premia el Señor la humildad de sus fieles servidores. Hé aqui el fruto sazonado de la gracia fielmente correspondida y cultivada con esmero. La Compañía de Jesus es un campo donde arraigan y fructifican para gloria de Dios y bien de la sociedad los

dones divinos y los talentos humanos. ¡Ah! si yo tuviese delante á los detractores del jesuitismo, preguntariales, por cuál mala obra condenan a la Compañía de Jesús. Por que si va por amor á la ciencia, ella no solo cultiva con universal admiracion todos los ramos del saber humano, sino que ostenta con legitimo orgullo brillantísima galeria de sábios eminentes en todos ellos, que llenan el mundo de bibliotecas y hacen sudar las prensas de ambos mundos con obras maestras, trabajos de propaganda, libros piadosos, y obras elementales que son el tino de la ciencia; si por virtudes va, ella no solo traza con seguro criterio los caminos del progreso moral, sino que pasea por ellos vencedora de toda resistencia; no solo enseña la virtud sino que la practica, no solo predica la santidad, sino que engendra los santos; si por amor á los pueblos, y á la civilizacion de los pueblos, ella envía á los pueblos civilizados á quien la revolucion perverte, explota y embrutece, operarios infatigables que los ilustran y santifican, y á los pueblos bárbaros y salvajes misioneros heróicos que á costa de su vida los sacan de las tinieblas de la barbarie y de las sombras de la

muerte. ¿Dónde están vuestras obras en favor de la verdadera ciencia, ¡oh calumniadores de los jesuitas! y dónde vuestros sacrificios en favor de la civilizacion y del bienestar de los pueblos? ¡Ah! vosotros no haceis estos milagros, ni sois capaces de hacer estos sacrificios. Vosotros no vais á los bosques en busca de salvajes para civilizarlos, pero en cambio buskais los placeres de una vida sensual y regalada en las ciudades opulentas, mintiendo libertad y amor al pueblo, y predicando teorías impías y absurdas que convierten á los civilizados en verdaderos salvajes. ¿Sabeis por qué braman las gentes del liberalismo y levantan airadas su brazo las generaciones impías contra la Compañía de Jesús? *¿Quare fremuerunt gentes et populi meditati sunt inania?* Yo os lo diré: cabalmente por lo que hay en ella de luminoso, de grande y de eminente. Legion macedónica del catolicismo, vanguardia de la Iglesia, y portaestandarte de la civilizacion católica ha compartido con la Esposa del Cordero el privilegio de los grandes odios y de los grandes amores. Figuraos vosotros con decision y entusiasmo entre los amantes de la Compañía. Jesuitismo y catolicismo en boca de los here-

jes modernos no son cosas diferentes sino una misma cosa expresada de diferente manera. No dará muestras de ser buen católico el que no sea amante de los Jesuitas. Allí donde veais que se murmura, se ataca, se calumnia, ó se hiere de algun modo á la Compañía de Jesús, sabed que allí no brilla en todo su esplendor la luz de la fé; no son católicos sino liberales enemigos de Jesús y de su Iglesia, los que maldicen y declaran guerra de difamación y de calumnia á los mejores defensores de Jesús y de su Esposa inmaculada. El Jesuitismo es el signo que distingue á los verdaderos católicos de los que no lo son; es hoy la mejor profesion de fé católica, y su defensa el deber mas noble y glorioso de los que como la Compañía de Jesús tenemos la dicha de militar bajo la enseña de la Cruz.

Seamos fieles como Alonso Rodriguez á la gracia de Dios, y sabiendo que *el no adelantar es retroceder, dispongamos en nuestro corazón ascensiones*, adelantos espirituales, caminando de virtud en virtud hasta que tengamos la suprema ventura de ver cara á cara en toda su gloria y magestad al Dios de la Sion celestial, dichosa morada donde seremos felices por toda la eternidad. Z. M.

VARIETADES Y NOTICIAS.

BALADAS DEL RHIN.

LA MADRE DEL COSACO.

(Conclusion.)

Ahora cadáveres!... De una ancha herida mortal—se escapa todavía la sangre á borbotones;—el dolor grita aún por aquella boca desfigurada y torcida,—esa mano crispada sujeta con rabia el arma rota.—Los vestidos desgarrados, las sueltas cabelleras se confunden y arrastran—á su alrededor, como remos abandonados...—Y cada vez mas numerosos—se empujan, en confuso tropel,—los cadáveres que desfilan flotando hácia el mar.

Ella está allí Jamás junto á sus redes—sintió el pescador angustiado, tan mortal impaciencia;—jamás el buzo que, en busca de tesoros perdidos,—registra las desiertas y sombrías profundidades del mar sintió tal ansiedad.—Su corazón late con violencia; parece vá estallar! Todos sus sentidos están en acecho!—Sus ojos desmesuradamente abiertos sondean la corriente á lo lejos!—Nada, si no es el chapotear de las aguas, turba—aquella muda y espantosa soledad.

Pero quien es el que se deja arrastrar hácia ese lado,—como si buscara una tumba en la ribera?—Su cabeza ha sido hendida, destrozada!...—su mejor amigo no podria reconocerlo!—Y sin embargo por sus insignias, puede presumirse,—la fortuna le ha sonreido en otro tiempo, en la corte de la Czarina.—Sí, era un enemigo; es un rusol!...—y con el pié ella lo empuja al centro del rio!

El desfile prosigue! el sol se oculta,— la noche vá á venir: escuchad! Se oye algo que se agita...—algo que sube y baja, como batiendo las alas...—algo que riñe y lanza agudos chillidos...—es el ejército de los buitres y de los cuervos,—que viene de lejos y va á comenzar su horrible festin...—«Oh! Dios eterno! que respeten siquiera á mi hijo!— que no desfiguren su cara con sus garras!...

Ella se levanta de pronto, agita vivamente los brazos,—y llena el espacio con sus gritos de desesperacion.—Cuervos y buitres se detienen sorprendidos, la rodean un instante, vacilan y huyen.—Solo se oye otra vez el áspero rumor del viento de la noche;—las estrellas reflejan en las ondas su luz amarilla é incierta;—y ella deja de nuevo vagar sus miradas,—cuyo brillo es mas intenso que la luz de todas las estrellas.

De repente, allí! allí! Su corazón no la ha engañado.—Allí viene; vedle ya! Sus ojos lo han reconocido:—el más próximo á la orilla... la cabeza vuelta...—Dios Todopoderoso! sí, es su hijo!—Los cabellos que ha besado tantas veces forman— como un cogin al rededor de su cuerpo sangriento;—la corriente es rápida; pero las ondas parecen mecerlo—y lo dirigen dulcemente hácia su madre.

«No serás arrebatado por esas olas— en que te precipitó la mano brutal del enemigo.—No; no habrás muerto enteramente para mí:—me quedará al menos una tumba sobre la que podré llorar.— Así esclama, y de un salto se arroja intrépidamente,—en medio de las aguas cenagosas y agitadas;—la espuma de las

olas llega hasta su cintura...—avanzas todavía y se hunde hasta el pecho.

Son los vestidos primero, despues sus manos heladas, al fin el cuerpo,—lo que coje, lo que estrecha en sus brazos;—pero los bordes de la ribera son escarpados y difíciles,—la corriente es violenta y la carga ¡Ay de mí tan pesada! Y, entre tanto, se suceden y apiñan sin tregua,—los innumerables cadáveres que las aguas arrastran murmurando:— y chocan con ella y la empujan y la hunden—cada vez mas profundamente en el rio.

Ella se sostiene, lucha... no quiere dejar á su hijo...—avanzan los dos hácia el centro del rio...—Ella lo tiene todavía estrechamente abrazado!... Dios mío!—La madre va á morir sobre el cadáver de su hijo!—Le falta el fondo, su cabeza se hunde,—sus negros cabellos se ven ya sumergidos en las aguas...—El pecho contra el pecho, enlazados sus miembros rígidos,—la madre y el hijo flotan hácia el Océano.

Y el desfile prosigue? Nuevos cadáveres se deslizan—arrastrados perezosamente por las aguas,—hasta que la aurora hace palidecer las estrellas.—La bruma se levanta, el cielo se ilumina,—y lo que tiñe de rojo las ondas,—no es ya la sangre derramada en la batalla:—es el sol que aparece sobre el horizonte,—como mensajero de Dios, para disipar las tinieblas de la noche!...

PRUTZ.

El trabajo en domingo.—En una aldea de la diócesis de Arras residia un labrador que tenía la pésima costumbre de

trabajar los domingos. En estos días sus hijos, de pequeña edad, no vestían sus trajes de día de fiesta, ni iban á Misa, y cuando veían á otros niños bien vestidos á quienes los llevaban á la iglesia, comenzaban á llorar. Un día la niña mayor cayó enferma, desfallecía y se secaba como flor sedienta de riego.—«Papá, dijo tristemente; he leído en mi Catecismo, que Dios castiga á los que trabajan en domingo; mi enfermedad es quizá un castigo. Querido papá, no trabaje usted los domingos y Dios querra que me cure.» El padre continuó trabajando los domingos y la niña siguió muriéndose. Recogiendo un día sus agotadas fuerzas, extendió sus bracitos demacrados los echó al cuello de su papá, y le dijo: «Papá, papá; siento que me muero; voy á dejarnos, la Santísima Virgen me llama pero antes de que vaya á reunirme con los angelitos del buen Dios, prométedme no trabajar los domingos y moriré contenta.» Conmoverlo el padre la abrazó y besándola le dijo:—«Mi pobrecita María, consuélate, te juro no trabajar mas los domingos.» La más pura alegría brilló en el semblante de la niña, y la recompensa no se hizo esperar. Algunas semanas despues curó radicalmente. ¡Cuánto no pueden para la salvación de sus padres los hijos sinceramente cristianos!

Bien contestado.—En un periódico de los Estados-Unidos se refiere que habiendo subido á un omnibus el célebre Predicador Dominicó el P. Tomás Burke, leía tranquilamente su breviario, cuando tomo asiento á su lado un pastor protestante, y queriendo echar una pulsa al

religioso, le apostrofó en los siguientes términos: «El Señor nos dice que cuando oremos no hagamos como los hipócritas, que les gusta orar en calles y plazas para ser vistos de los hombres. Yo cuando hago oración entro en mi gabinete, cierro la puerta y oro en secreto.» «Sí; contestó el Padre, sin levantar los ojos del libro, y enseguida subí á un omnibus para decirselo á todos los que puedan oirlo.» Réplica contundente que debió causar hondo efecto al pastor, y hacerle en lo sucesivo más modesto.

El hombre honrado—¿Por qué el hombre honrado ha de tener en su mente, en su corazón, en su vida un vacío espantoso? Llena en verdad el hombre honrado sus deberes para con los demás, pero ninguno para con Dios: sin embargo, el que quiere ser tenido como honrado en toda la plenitud y santidad de tal, no puede olvidar la mas alta y sagrada de todas las personalidades.

¿Honras á tu padre y á tu madre? Pues Dios también lo es.

¿Eres agradecido por los bienes recibidos? Pues Dios te los ha dado.

¿Obedeces á las leyes de tu país por muy duras que sean (su contribucion de sangre y dinero)? Pues Dios también dió leyes.

¿Eres fiel á tu palabra? Pues también la habrás dado á Dios; alguna promesa habrás hecho al ser cristiano.

Sobre este asunto, decia el autor de *Athalia* á su hijo:

«No me hago ilusiones, hijo mio; para llegar á ser hombre honrado, hay que co-

menzar por dar á Dios lo que le debe mos.

»A Dios se le debe *Adoracion*, porque es criador, dueño y señor de todas las cosas.

»*Oracion*, porque es el dispensador libre y único de todo lo que necesitamos.

»*Accion* de gracia, porque nos ha dado la vida y los bienes.

»Culto, porque debemos manifestarle al exterior el grande amor, el cordial afecto á que sus beneficios nos obliga.

»Pues qué, ¿basta para ser caritativo el guardar en su interior las mas benéficas ideas respecto á los pobres? ¿Se puede ser probo, leal y desinteresado, sin acentuar por obras su rectitud, su lealtad y su desinterés? Es, por tanto, ilusorio y culpable el imaginarse que se puede tener para con Dios los sentimientos de fé, adoracion y amor que exige absolutamente la ley natural si no se expresan en actos exteriores, y por lo mismo, si no orais, no adorais y no dais á Dios el culto privado y público debido, no sereis hombre honrado en la acepcion lata y santa de la palabra.»

—

Buena confesion.—La *Gaceta de la Cruz*, órgano el mas autorizado del protestantismo alemán, el periódico de las clases aristocráticas de Alemania, ha declarado recientemente que el poder temporal de los Papas debe restablecerse con urgencia.

—

Un bofetón oportuno.—Bajo el título de *Récits Indiens*, acaba de publicar el Reverendo P. Bérengier, benedictino, un interesante estudio sobre las costumbres

de los cristianos naturales del Indostan, y en ella habla de los castigos corporales impuestos por los misioneros en ciertas ocasiones, y cita el caso siguiente, que no deja de ser curioso.

«El P. Ojollais, Cura de Karikal á treinta leguas de Pondichery, iba un domingo á celebrar la Misa cuando oyó en la iglesia gran alboroto impropio de lugar tan santo. Abandonándose á un movimiento de santo celo, de que se arrepintió al punto, golpeó en la mejilla á uno de los mas ardientes perturbadores, sin notar que era idólatra y por consiguiente no estaba bajo su autoridad. El caso era grave y podia traer funestas consecuencias, pues era de temer que el indio denunciara al Cura al Gobernador, y éste, que llevaba con impaciencia el poder correccional de que se hallaban investidos los PP. católicos, podia perjudicar á la mision. El P. Ojollais, que sabia muy bien esto, estaba inquieto y renegaba de la vivacidad de su genio. Pasadas algunas horas, llaman al aposento del misionero; y éste, temeroso de la autoridad, sale creyendo que vienen á pedirle cuenta de su bofetón y que quizá se lo van á devolver con creces; pero cuál no seria su sorpresa, cuando se encuentra con su abofeteado que humildemente y con los ojos bajos le dice: «*Sahib* (señor), vengo á rogaros que me conteis entre los que preparais al bautismo; me habeis dado un bofetón y me habeis convertido. He pensado que siendo vos tan bueno y bondadoso como pareceis, no me hubiérais tratado de una manera tan violenta por unas cuantas palabras dichas en voz alta que se me escaparon en vuestro templo,

sin intención de interrumpir vuestras ceremonias, si no fuera por el mucho respeto de que estais penetrados para con vuestro Dios, de donde echo de ver que este Dios merece mis adoraciones. Así, os ruego que desde este momento me contéis en el número de vuestros discípulos.»

No hay idea de la admiración que estas palabras causaran en el buen misionero, que hubiera voluntariamente abofeteado á todo el mundo si creyera obtener tan buen resultado.

San Francisco de Regis convirtió á un libertino empedernido empleando el mismo medio. La gracia tiene también sus movimientos. Sin embargo, es preciso convenir con nuestro misionero en que esta manera de predicar no es la más conforme con la tradición apostólica.

Peligro de las malas lecturas.—Balmes decía que para neutralizar la dañosa influencia ocasionada en su espíritu por las lecturas á que le obligaba su estado, necesitaba muchas horas de oración para desinfectarlo.

Luis Veuillot escribió á su amigo Eduardo Ourliac: «Leed vidas de santos; de las malas lecturas quedan en el espíritu porquerías que bien quisiera uno desechar. Cuando leo por la noche, al día siguiente en la Misa recuerdo lo malo y perjudicial de la lectura, y cuántame sumo trabajo sujetar la imaginación. Creedme, no añadamos nada á los peligros de nuestro oficio. Es preciso pasar por las calles con los ojos bajos, mirando sólo al camino.»

Y ahora decimos; si estos hombres in-

signes confiesan que no están libres de contaminarse cuando, por el ejercicio de su profesión, tienen que tratar con solistas y libertinos, ¿cómo hay mujeres y jóvenes tan osados que leen todo lo que les viene á las manos? Y cuando afirman que lo hacen impunemente, y que hablan así por experiencia, es evidente que mientan ó que están profundamente pervertidos.

FELIZ ENCUENTRO.

Volviendo á mi casa vi una anciana que empujaba una pequeña carretilla cargada y que apenas la podía mover.

La escarcha hacía más penoso su trabajo, la ropa que la defendía de la nieve que estaba cayendo hacía más difíciles sus movimientos, de modo que tenía que pararse de continuo para reparar sus fuerzas.

Tuve compasión de la infeliz anciana en memoria de mi madre, y me acerqué á ella en el momento que se paraba para descansar.

—Buenas tardes, la dije, buena anciana; me parece que la carga es excesiva para usted.

—Es verdad, contestó limpiándose el sudor de la frente mezclado con nieve. Las fuerzas menguan cuando la edad crece mucho, mientras que la carreta y las patatas conservan siempre su peso; pero Dios sabe lo que hace y nunca abandona á los pobres.

Le pregunté donde iba, me enseñó á lo lejos su vivienda y trató de arrancar la carretilla; pero entonces tomé yo las dos palancas en las manos, y la dije:

—Dejadme, que yo voy por el mismo

camino, y nada me cuesta el empujar la carretilla.

La anciana no se opuso, me dió sencillamente las gracias y siguió el camino á mi lado.

Por el camino supe que venía del mercado de comprar provisiones para revender; que durante treinta años habia vivido con esta pequeña industria, y habia criado tres hijos.

—Pero cuando debían trabajar para mí—continuaba,—la patria los llamó; dos están enterrados: murieron en su defensa; el otro está prisionero.

—¿De suerte—le dije—que estais sola y sin otra esperanza que vuestro trabajo?

—¿Y no contais para nada—dijo al Protector de los pobres—el considerar que el Rey y Señor de todos nos mira, nos juzga y nos pagará mañana? Eso sostiene y ayuda. Cuando estoy tan cansada que los pies no quieren llevarme, me pongo de rodillas. le digo lo que siento, le pido fuerzas, y me levanto animada; pero usted es muy jóven todavía para entender ciertas cosas; algun dia llegará á comprender por qué se enseña á los niños á rezar *Pudre nuestro, que estás en los cielos.*

Me puse á pensar, y pareció que una luz desconocida para mí iluminaba mi entendimiento; miré á la anciana y la ví cojeando y encorvada, y me pareció más fuerte que yo.

¿Será verdad, dije, que los hombres necesitan un punto de apoyo fuera de los hombres?

Cuando la dejé en su casa me dió las gracias; pero en verdad que yo era el favorecido, pues habia despertado en mí

ideas que dormían en mi interior; así es que llegué preocupado á mi casa.

Aquella noche mi mujer estaba triste; mi único hijo se habia dormido, y ambos nos quedamos silenciosos al lado del fuego, que por último se apagó.

Al retirarnos cogí de la mano á mi mujer, y la dije:

—Hace tiempo que sufrimos solos nuestras penas; pidamos á Dios que nos conforte, que tome una parte de ellas.

Y me hiqué de rodillas, y mi mujer hizo otro tanto.

Entonces trajimos á la memoria y recitamos las oraciones que de niños sabíamos, y me pareció que por primera vez las encontraba un sentido que antes no habia notado; lo mismo debió pensar mi mujer, pues la ví llorar; y cuando me levanté me abrazó suspirando:

—Has tenido una idea que nos salvará—me dijo.—Ahora que me has hecho pensar en Dios, yo encontraré valor para vencer los obstáculos, y consuelo para vuestras penas.

Y de hecho, desde entonces todo marchó bien en casa; poco á poco cesaron nuestros contratiempos, y la oracion de la noche nos daba nuevo ánimo y reposo constante.

¡Pobre anciana! No la he vuelto á ver; mientras me contaba su vida y creencias no sabía el bien que me hacía; muchas veces he rezado por ella y he bendecido su memoria.

(*La Semana Católica.*)